

Globalización y Universidad: los Estudios Humanísticos

Willy Soto Acosta*

RESUMEN

Se presenta una reflexión acerca de la función de los cursos humanísticos en los planes de estudios universitarios. Se pasa revista al papel secundario y desarticulado con respecto al currículum de la carrera que tienen las humanidades en algunas instituciones de educación superior. Se expone la necesidad de darle un nuevo enfoque a los cursos humanísticos para que estén dirigidos a desarrollar en el futuro profesional las habilidades, destrezas, aptitudes y actitudes que son necesarias en la era de la Globalización.



* Director Académico del Colegio Universitario de Limón, Costa Rica.

Al alba del nuevo milenio, la humanidad comienza a transitar por los caminos de una nueva época histórica: la globalización.

Esta nueva fase trae consigo cambios fundamentales en las necesidades de recursos humanos de las empresas y, en consecuencia, modificaciones que inevitablemente deben realizar las universidades en los planes de estudio.

En la fase previa a la globalización, las empresas requerían especialistas: contadores, administradores de negocios, abogados, informáticos, médicos, etc.. Ante esta necesidad, las universidades crearon "carreras" para formar a estos especialistas unidimensionales: el ingeniero era excelente en su campo, pero analfabeto en cualquier otra cosa que no fuera estructuras, puentes y carreteras.

Algunas universidades, generalmente las públicas, introdujeron los llamados "estudios generales": cursos aislados de historia, filosofía y castellano, que pretendían dar un barniz de cultura general al futuro profesional. Aunque nacieron con nobles intenciones, estas humanidades eran cursadas por los alumnos a regañadientes y lo que es peor, nunca fueron integrados a la "carrera" que seguía el estudiante: se convirtieron en un anexo, en algo complementario, y no en una parte sustancial de la preparación académica del educando. Además de mostrar poca capacidad de adaptabilidad a la cambiante realidad, algunas veces los "estudios generales" cumplían la función de asegurar un salario a muchos profesores mas que en formar a los estudiantes.

La situación comienza a cambiar en la segunda modernidad. Ya las principales empresas no requieren es-

pecialistas: las ofertas de trabajos no se centran en la búsqueda de un contador, un ingeniero o un sociólogo. Lo que las organizaciones de vanguardia buscan no son personas con títulos sino con conocimientos, habilidades y destrezas. Cuando una decisión vital de la empresa -como dónde invertir - debe tomarse en función de lo que pasa en los principales centros geopolíticos, ¿de qué le sirve un doctor en economía o en ingeniería de sistemas que cree que Australia se encuentra en el norte de Europa? Cuando las empresas cambian constantemente de líneas de producción según las tendencias de los mercados internacionales, ¿de qué le sirve un master en informática, quizás uno de los mejores, que en la prestigiosa universidad en donde estudió no le inculcaron la aptitud para el cambio y se niega a "reciclarse" para ocupar otro puesto en la misma empresa? ¿De qué le sirve a una organización el nuevo profesional graduado con honores, si es incapaz de evaluar, juzgar y criticar? ¿Para qué contratar un MBA, excelente administrador pero pésimo emprendedor? Lo que se requiere en la época de la globalización no es tanto especialistas como "globalistas".

Desgraciadamente muchas universidades no van por ese camino. Políticos, ingenieros, abogados, administradores, médicos, contadores, tendrán en la nueva época una vida laboral sumamente corta sino no son líderes, creativos, pensantes, dispuestos al cambio permanente, capaces de leer y comprender el entorno internacional.

El Papa Juan Pablo II nos ha dado un magnífico ejemplo de la apertura mental y epistemológica que la globalización demanda en nuestras ocupaciones y vocaciones. En su encíclica "Ratio et Fides" nos explica que lejos

de ser elementos opuestos, la fe y la razón son más bien las dos alas de esa ave llamada conocimiento. De ahí el regaño tanto a los curas de pueblo que no tienen una actitud científica en la prédica y práctica de su fe (y en ese sentido no se diferencian mucho del curandero o del astrólogo), como a los científicos que sacralizan la ciencia y que en su ceguera no pueden comprender que el conocimiento la rebasa.

En la globalización, una licenciatura, una maestría, un doctorado serán valiosos en la medida en que certifiquen un conjunto de conocimientos, habilidades y destrezas. No es un azar si muchas empresas a nivel de especialidad -informática, contaduría, etc.- estén reclutando técnicos y diplomados. Están dispuestos a pagar por un bachiller, un licenciado, un máster o un doctor pero para un trabajo cualitativamente diferente: para que hagan la labor de pensante crítico y no el trabajo mecánico de técnico o de "especialista".

Si muchos programas informáticos realizan la contabilidad de las empresas, es de esperar que los contadores sepan hacer otras cosas y que las universidades hagan los cambios curriculares necesarios para que eso sea así. Si ya comienzan a aparecer computadoras que instruyen al usuario en cómo programar, ello significa que el informático debe ser algo más que un programador. Uno de los principios fundamentales que hay que inculcar a nuestros estudiantes es que, cuando la máquina comienza a hacer lo que tradicionalmente hacía el profesional, éste debe redefinir su perfil, realizar cosas nuevas que no hace la máquina. De lo contrario, a la empresa le resultará menos costoso comprar un "software" que contratar a un profesional.

Para que sea capaz de ello, al alumno hay que inculcarle las capacidades de creatividad y de innovación: cuando la máquina alcance al profesional, esas capacidades se volverán más importantes que cualquier cúmulo de conocimientos especializados. Estos, tarde o temprano, se volverán obsoletos, pero de la posesión o no de esas y otras habilidades y destrezas dependerá si el profesional se adapta al nuevo ambiente laboral o si se extingue.

Las nuevas formas de contratación laboral (por tarea realizada y no por jornada) y los cambios en el lugar donde se labora introducidos por la telemática (el trabajo cada vez más se realiza en la casa y no en la sede de la empresa), determina que hoy más que nunca se requieran ciertas habilidades y destrezas.

Del médico se espera que haga una reingeniería en su ejercicio profesional, que no recete medicamentos a

diestra y siniestra, que no disfrute con las cirugías, que no continúe hablándole al paciente el lenguaje especializado que en muchos casos sólo sirve para confundirlo y cobrarle altos honorarios. Del galeno ahora esperamos que además de su formación básica en biología humana, se adentre en las Ciencias Sociales, porque éstas deben ser una parte integrante –ya no solo complementaria– de su formación: ello le permitirá practicar mejor las nuevas tendencias en salud pública y comunitaria, más preventivas que curativas.

Ahora que uno de los temas de moda es el desarrollo sostenible, ello obliga a los biólogos a llevar cursos de economía y de relaciones internacionales, y a la inversa, los graduados en este último campo tienen que seguir estudios de ecología.

Lo que antes era un complemento, un anexo, un impedimento para sacar la carrera rápido, en la nueva época se convierte en parte sustancial de la formación profesional. Una de las causas de cierto fracaso de los ingenieros agrónomos fue su desconocimiento en el campo de la sociología rural: conocían mucho de suelos y fertilizantes, de botánica y de zoología, pero no pudieron asimilar la realidad del campesinado y en algunos casos, la universidad no les enseñó a valorar el conocimiento ancestral y vivencial de los campesinos, de los que no sabían leer y escribir pero tenían un contacto directo con la Madre Tierra. Quizás les hicieron falta unos cursos de humildad y de apertura mental: si las universidades les hubieran proporcionado esas "materias" –tan importantes como las de Química Orgánica, de Entomología y otras–, muchos de ellos no estarían laborando hoy como taxistas o importando ropa



americana de segunda para su venta en el mercado local.

No es un azar si en muchas de las mejores universidades del mundo, los programas de maestría y doctorado se centran en cursos de "estudios generales": en ese nivel, al economista y al administrador de negocios ya no se les enseña finanzas, teoría administrativa, contabilidad de costos. Lo que aprenden es razonamiento lógico, relaciones internacionales, toma de decisiones, sistemas políticos, filosofía, pensamiento crítico. Hoy en día, en algunos doctorados en sociología los estudiantes tienen que llevar una serie de cursos de biología y psicología, como un nuevo "aproche" para comprender el comportamiento humano, cosa impensable hasta hace algunos años.

Sin embargo, solo una minoría tiene acceso a estudios de postgrado, por lo que, si las universidades quieren ponerse al día y sobre todo, si pretenden cumplir la función social a las que están llamadas, deben empezar esa reforma en los planes de grado.

Pero las denominadas "humanidades" no deben limitarse a una serie de

cursos que reciben explícitamente ese nombre. Es importante que las universidades ofrezcan ese paquete de materias aunque distribuidas a lo largo de la carrera. La experiencia de muchas instituciones universitarias es que colocan los estudios generales en el primer año para que el alumno salga rápido de ese "estorbo". La consecuencia es que al terminar su carrera, el estudiante no recuerda lo que vio en el primer año, pues le enseñaron a memorizar conocimientos y no le transmitieron habilidades, destrezas, aptitudes y actitudes. A ello contribuye el hecho de que en esas universidades las humanidades no están integradas a las carreras: constituyen un cuerpo extraño que si por razones político-sindicales no se puede extirpar como muchos quisieran, por lo menos hay que aislar.

Para que surtan efecto en el estudiante, en la carrera de derecho, las humanidades deben transmitirse en los cursos de derecho mercantil, laboral, en el de teoría del Estado. Así tendríamos abogados que luchen por la justicia en lugar de constituir, en algunos casos, modelos de delincuencia. En la carrera de administración de empresas, las humanidades deben ser enseñadas en los cursos de finanzas, de mercadeo, de toma de decisiones: así tendríamos empresarios preocupados más en crear fuentes de trabajo y de riqueza para sus semejantes que "profesionales" incapaces de administrar una pulpería.

Además de los cambios provocados por la globalización en materia de recursos humanos de las empresas, hay otra razón igualmente importante para introducir los estudios humanísticos en las universidades: el ser humano.

Max Weber, uno de los padres fundadores de la Sociología, señaló que

un rasgo distintivo del capitalismo es la secularización, es decir, la tendencia mediante la cual la religión poco a poco va perdiendo importancia en la sociedad como punto de referencia para guiar el comportamiento de las personas. Sin embargo, en la globalización –en donde se enfatizan las tendencias del capitalismo– asistimos a un nuevo tipo de sacralización: el dinero y la máquina son los nuevos dioses. Mujeres y hombres hemos perdido de vista que nuestros semejantes deben ser el centro de nuestra actividad personal y profesional.

La gran paradoja de la época que iniciamos es que, al mismo tiempo que exige incorporar los estudios humanísticos en los planes de estudio por una necesidad económico-laboral, atenta contra la naturaleza humana. Ante esta realidad, el desafío de las universidades es reincorporar al hombre como destinatario de la actividad científico-tecnológica, económica y social. En la enseñanza de la administración de empresas por ejemplo, los profesores deben transmitirles a los estudiantes que detrás de categorías frías como costos, depreciación, activos, están el hombre y la mujer. ¿Cuántos economistas saben que de una "neutral" medida de política económica dependerá el que miles de familias puedan o no comer? De nada nos sirve sacar excelentes médicos u odontólogos que no estén dispuestos a prestar sus servicios a un pobre debido a su escasa capacidad de pago.

Como consecuencia de la proliferación de universidades, en los últimos tiempos hemos asistido a llamados en pro de diferenciar los conocimientos (nosotros agregaríamos: y habilidades y destrezas) de la titulación. La idea básica es que un título no garantiza las competencias del profesional. De



esto se podría realizar una lectura negativa: no hace falta estudiar en una universidad para tener competencias y por lo tanto, para incorporarse al mundo laboral.

Esa lectura es incapaz de comprender que las competencias se derivan de conocimientos. Como lo explica Jean Piaget, las zonas cerebrales responsables de capacidades lógico-matemáticas, del lenguaje, del razonamiento, de la consciencia ética, necesitan ser estimuladas para que se desarrollen y se estimulen a través de conocimientos que aprende el individuo.

Una persona no puede adquirir destrezas y habilidades como la creatividad, el ser emprendedor, el gusto por el cambio, el ser analítico, si antes no ha estado sometido a un proceso de enseñanza-aprendizaje de contenidos, correspondan estos a ingeniería de sistemas, contabilidad, o derecho. Un individuo no puede llegar a "pensar en inglés" o a "pensar en francés", si antes no adquiere los fundamentos gramaticales, ortográficos, y fonéticos de esos idiomas. Aún más, no llegará a ese estadio si no conoce un poco de cultura anglosajona o francesa. Decir que un título universitario no es necesario, es botar el agua de la bañera junto con el bebé.

De la diferenciación entre competencias y titulación –que es capital– debemos más bien realizar una lectura positiva: las universidades, tanto públicas como privadas, deben instalar mecanismos de control de calidad para garantizar que los títulos (bachillerato, licenciatura, maestría, doctorado) sean certificados de garantía de conocimientos, habilidades, destrezas, actitudes, y aptitudes.

Implementar los estudios humanísticos –tal como aquí los entendemos– es un paso sólido en esta dirección.

Tenemos que adoptar y practicar un doble cambio: en la formación de los profesionales y en la concepción que éste tiene del trabajo, de su realización profesional y de la vida.

Hoy más que nunca necesitamos aquello que el sociólogo estadounidense Charles Wright Mills llamaba "imaginación sociológica": una capacidad para elevarnos sobre nosotros mismos, de tomar distancia de lo cotidiano, de darle un golpe de Estado a la manera rutinaria de ver y hacer las cosas.

Las personas que médicamente han sido declaradas "muertas" pero que minutos o horas después "resucitan", relatan como el alma se desprende del cuerpo y sube y desde arriba esa persona puede observar su cuerpo físico tendido en una cama o en una calle. Cuando estamos gravemente enfermos, moral o físicamente, comprendemos lo bonito que es la vida y hacemos propósitos de enmienda en el caso que continuemos viviendo: llegamos a un nivel ético en el que tomamos consciencias de nuestros errores e incluso comprendemos el accionar de nuestros enemigos en contra nuestra.

Pues, es precisamente esa capacidad de salirse de uno mismo, de introspección, la que ahora tenemos que aplicar a nuestra profesión, nuestro trabajo, y sobre toda nuestra vida. Necesitamos que el *Alma Mater* que constituye la universidad implemente esta "imaginación sociológica". Ella es *Mater et Magistra*, madre y maestra, que debe señalar el camino a las mujeres y hombres que conducirán la sociedad global en la que vivirán nuestros hijos.